

Cómo convertirse en diosa: Mujeres y Divinidad en la Antigüedad Clásica

How to become a goddess: Women and Divinity in Classical Antiquity

María Dolores Mirón Pérez

Universidad de Granada

Recibido el 6 de marzo de 1997.

Aceptado el 4 de junio de 1997.

BIBLID [1134-6396(1998)5:1; 23-46]

RESUMEN

La inmortalización de mujeres mortales en la Antigüedad ofrece un amplio panorama sobre cuáles eran, en el plano ideológico, los roles de género dominantes, ya que solía ser la posesión, en su grado sumo, de una característica femenina la que las llevaba a su deificación. Inversamente, su éxito en roles masculinos pudo hacerlas ser consideradas divinas o semi-divinas, pues sólo era concebible tratándose de diosas. No obstante, incluso en esta ocasión, mediante la inmortalización, su capacidad de poder solía ser reconducida hacia esferas de poder propiamente femeninas, como el poder de seducción sobre los hombres y la fertilidad.

Palabras clave: Diosas. Inmortalidad. Poder. Roles de género. Grecia. Roma. Antigüedad.

ABSTRACT

The immortalization of mortal women in Antiquity offers us an extensive outlook on gender roles on the ideological level, since the possession, at the highest degree, of a feminine quality used to be the reason for their deification. Inversely, their success in masculine roles could led them to be regarded as divine or half-divine, because it was only thinkable if they were goddesses. Nevertheless, even in this instance, through their immortalization, their capacity of power used to be brought back to properly feminine spheres of power, as power of seduction over men and fertility.

Key words: Goddesses. Immortality. Power. Gender Roles. Greece. Rome. Antiquity.

SUMARIO

1.—El divino don de la belleza. 2.—Mujeres “viriles” y divinidad. 3.—Servidoras de la patria. 4.—Al cielo por la virtud. 5.—La “divina” irracionalidad femenina. 6.—Compartir el lecho con un dios. 7.—Madres divinas. 8.—Poderosas diosas: las reinas helenísticas. 9.—La pertenencia a dinastías divinas: La “casa divina” romana. 10.—El fin de las diosas: el cristianismo. 11.—Conclusiones.

En la Antigüedad griega y romana, el universo religioso estaba habitado por diosas y dioses, cada uno con personalidad, función y biografía propias, y eran solicitados, temidos y venerados por todos los sectores de la sociedad (mujeres y hombres, ricos y pobres, libres y esclavos) en función de sus necesidades o temores. Por lo demás, en su vida celeste, estaban sometidos a las mismas pasiones que los humanos. Amaban, odiaban, gozaban, sufrían, se casaban, se divorciaban, tenían amantes, cometían crímenes, hacían milagros, castigaban cruelmente y beneficiaban a los humanos, nacían... pero no morían. Lo que los distinguía de los humanos, aparte de su inmortalidad, era su inmenso poder, que se podía manifestar de muy diversas formas y con efecto desigual entre los mortales. Y, aunque había jerarquías, esta capacidad era extensible a diosas y dioses y aquí las diferencias de género, aun manteniéndose, se confundían con mayor facilidad que en la vida terrestre. Cada divinidad tenía una fuerte personalidad propia —incluso si se presentaba en grupos—; era un individuo con capacidad de poder. Y ésta será la diferencia fundamental entre diosas y mujeres.¹ Una diosa, por menor que sea, siempre estará por encima del más poderoso de los mortales.

Ocasionalmente, un mortal, hombre o mujer, por lo general con ascendencia divina, podía manifestar en su vida terrenal un poder comparable al de los dioses. Entonces éstos, a su muerte, podían considerar que se merecía la inmortalidad y, de este modo, o bien lo llevaban a vivir junto a ellos, convirtiéndolo en una nueva divinidad y recibiendo el oportuno culto divino por parte de los mortales, o bien se le concedía una placentera vida de ultratumba como merecido descanso a sus sufrimientos mortales, pasando a ser un héroe o heroína que, como tal, también podía recibir la veneración de los mortales por medio del culto heroico. Este nuevo dios o semi-dios podía ser venerado por el conjunto de los mortales, o ser especialmente adorado por una comunidad determinada. Porque toda ciudad, región o familia que se preciara tenía su divinidad o su héroe propio, que a menudo daba nombre a la comunidad o se le consideraba ascendente de toda ésta.²

Este artículo pretende estudiar los mecanismos que llevaron a mujeres mortales (míticas o históricas) a convertirse en diosas o heroínas, seres inmortales y poderosos. Ello nos llevará a comprender mejor cuáles eran, en la Antigüedad clásica, los roles de género predominantes en el plano ideológico. Entre las diosas nacidas diosas, las conductas de género, aun existiendo,

1. Sobre divinidad y género, ver OCHSHORN, Judith: *The Female Experience and the Nature of the Divine*. Bloomington: Indiana University Press, 1981; LORAUX, Nicole: "¿Qué es una diosa?". En DUBY, Georges; PERROT, Michelle: *Historia de las mujeres, I: Antigüedad*. Madrid: Taurus, 1991, pp. 29-69.

2. Sobre el culto a los héroes, ver FARNELL, Lewis R.: *Greek Hero Cults and Ideas of Immortality*. Oxford: Clarendon Press, 1921; ROHDE, Erwin. *Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*. Barcelona: Labor, 1973.

son más flexibles, porque las divinidades no están sometidas a las mismas leyes que los humanos, y porque a menudo su origen se remonta a, tal vez, milenios atrás, cuando las relaciones de género eran diferentes. Sin embargo, las inmortales que nacieron mortales se vieron, como éstas, sometidas, durante toda su vida terrenal, a las limitaciones propias del género femenino. Incluso cuando se trata de heroínas míticas, su vida legendaria sigue siendo la de una mujer, y el mundo legendario en que vive es casi siempre reminiscencia del que existió algún tiempo atrás.

Rastreando las vidas de estas mortales y analizando las circunstancias de su divinización o heroización, descubrimos cuáles eran los “poderes” o cualidades —positivas o negativas— que caracterizaban a las mujeres. Pues solía ser la posesión de alguna característica femenina en su grado sumo, y sin interés moralizador en principio, lo que convertía a una mujer en una especie de paradigma heroico. Otras veces, las menos, sin embargo, la transgresión de los roles de género las llevaba a un plano superior, pues era inconcebible que una mujer mortal pudiese hacer lo que ellas hacían.

1.—*El divino don de la belleza*

El “poder” femenino más nombrado, y tal vez el más temible, es el poder de seducción, que desata las pasiones y enajena las mentes de dioses y hombres. Su arma más poderosa es la belleza. Ciertamente, no era ésta una virtud exclusivamente femenina. De hecho, era el principal signo externo de divinidad tanto entre diosas como dioses, y cuando un hombre o, sobre todo, una mujer mortal, poseía una belleza sin igual, se consideraba que era, en cierto modo, divino,³ pues se creía en la correspondencia directa entre la belleza externa y la excelencia del alma. La diferencia estriba en que mientras para los hombres es un signo más de divinidad, un adorno divino por así decirlo, para las mujeres es *su* signo de divinidad. Mientras que la manifestación física de la divinidad de los hombres es, principalmente, la fuerza física, la de las mujeres es la fuerza sentimental, manifestada en la belleza. Y, aunque existen episodios de amor homosexual, el amor a las mujeres suele ser más enajenante para el varón —a tenor de las leyendas míticas— que el profesado hacia otro hombre. La mirada de una mujer hermosa podía provocar una guerra. Y los autores griegos y latinos —no en vano, casi todos varones— no dejan de hablar de la peligrosidad intrínseca de las mujeres a través del amor, cuyo instrumento principal es la belleza. La diosa más adorable y, a la vez, más temible, era Venus Afrodita, quien, por sí misma o

3. Ver SCOTT, Kenneth: “Ruler Cult and Related Problems in the Greek Romances”. *CPh*, 33 (1938), 380-389.

a través de los flechazos de su hijo Eros, podía vencer al mismísimo rey de los dioses. Incluso Eros fue víctima de la belleza de una mujer mortal, Psique, que hirió su corazón para siempre.

No es casualidad que la diosa con quien más frecuentemente se identifican las mujeres en homenajes religiosos sea Afrodita. No es extraño tratándose de mujeres famosas por su belleza, como la cortesana Friné, amante del escultor Praxíteles, modelo para sus estatuas de Venus, que, desnudándose ante el tribunal que la juzgaba por impiedad, se salvó de ser condenada. No podía haber ningún mal en un ser tan bello. También Lamia y Lena, cortesanas amantes del rey de Macedonia Demetrio Poliorcetes, fueron asimiladas a Afrodita. Su reina, Fila, llegó a tener un templo a Fila Afrodita en Atenas y, sin embargo, jamás fue alabada por su belleza —nada se dice al respecto—, sino por su inteligencia, que algunos llegan a considerar inusual en una mujer.⁴ Después de ella, y de modo casi mecánico, las reinas helenísticas suelen ser asimiladas a Afrodita, a pesar de que los retratos que conservamos de ellas, aun idealizados, no parecen mostrar que esta belleza fuera real. Incluso en Roma, donde en principio predominaban las virtudes morales, las emperatrices acabarán siendo asimiladas a Venus, aunque convertida en diosa del amor conyugal, y siempre bellas, cierto o no. Parece como si, al menor indicio de poder femenino, éste pudiese ser más fácilmente identificable con el propio de Afrodita/Venus, basado en la seducción por la belleza. Quizá porque éste sea el único atributo, procedente de las mujeres, que los varones consideran puede ejercer poder sobre ellos.

El paradigma heroico por excelencia fue la bella Helena de Troya, la “mujer fatal” por excelencia, que provocó la guerra más larga y más sangrienta de los tiempos míticos. Hija de la mortal Leda y del rey de los dioses, Zeus, fue raptada primero por el héroe ateniense Teseo, y casada después por elección propia con el rey de Esparta Menelao —el proceso a punto estuvo de desencadenar una guerra, pues todos los príncipes de Grecia la querían como esposa—, fue finalmente raptada por el príncipe troyano Paris, a quien Afrodita había prometido dar la mujer más bella del mundo si declaraba que ella era la diosa más hermosa. Este rapto, en el que la inocencia de Helena no está clara, provocó la famosa guerra de Troya, que duró diez años y proporcionó abundante material literario, entre el que destacan la *Iliada* y la *Odisea*. Durante la contienda, Helena se comportó de forma ambigua, apoyando ora a unos, ora a otros, hasta la caída de la ciudad. Menelao, el esposo afrentado, tenía la intención de matarla, pero la espada cayó de sus manos en

4. Sobre Friné y Venus, cfr. DIÓGENES LAERCIO, VI, 66; PAUSANIAS, IX, 27, 5. Sobre Lena, Lamia y Fila, ATENEO, VI, 253ab; 254a. Sobre Fila, ver WEHRLI, Claude: “Phila, fille d’Antipater et épouse de Démétrius, roi des Macédoniens”. *Historia*, 13 (1964), 140-146.

cuanto la tuvo frente a él, medio desnuda. La infidelidad y diez años de guerra fueron perdonados al instante. También, impresionados por su belleza, se les cayeron de las manos las piedras, a los griegos que querían lapidarla. Acabó sus días al lado de Menelao, convertida en modelo de virtudes domésticas.

La historia de Helena desató pasiones en la Antigüedad, y abundan tanto las que la culpan de los males de la guerra como la que la exculpan mencionando al hado divino o diciendo que a Troya fue una imagen de ella. Es decir, se la condena cuando tiene un papel activo, y se la exculpa cuando se le atribuye una actitud pasiva. También hay leyendas que hablan de su merecido castigo, pero la mayoría dicen que fue convertida en un ser inmortal.⁵ Isócrates la alaba, siendo mortal, en función de la alta calidad de los hombres que la amaron, es decir, como objeto de deseo; sólo actúa plenamente como sujeto una vez convertida en diosa. A ella se deben las deificaciones de su esposo Menelao y de sus hermanos los Dioscuros, así como el milagro de convertir en hermosa a una fea muchacha espartana, que logró así hacer un buen matrimonio.⁶ Las únicas palabras sobre ella debidas a una mujer, la poetisa Safo, la presentan como una mujer enamorada que parte voluntaria y feliz en busca del amor.⁷ El mito de Helena, en tanto mujer que domina los hombres, pudo ser muy atractivo para las mujeres antiguas; aunque, por otro lado, y por los mismos motivos, la propaganda que la denigraba iba especialmente dirigida a ellas.

Frente a los activos héroes masculinos, cuyo poder se basa en la fuerza física, Helena ejemplifica el "eterno femenino". Aunque no se puede decir que su actitud es pasiva, Helena se va dejando arrastrar la mayoría de las veces por los varones y el destino, adaptándose a las circunstancias de la forma más conveniente posible para ella, y utilizando, de manera consciente, su única y poderosa arma: la belleza. Frente a Hércules, que se gana la inmortalidad gracias a la fuerza de sus manos, que lo convierte en campeón entre los hombres, Helena se convierte en inmortal a base de ser pura y rabiosamente femenina, seduciendo, con su sola visión, a los hombres más poderosos. Su feminidad incluye la fertilidad, pues tuvo unos nueve hijos, que no mermaron en absoluto su belleza. En cierto modo, su historia es una especie de alegoría de los peligros que la mujer acarrea al hombre, incluso limitándose a comportarse de forma femenina. La última etapa de su vida, como esposa modelo, significa la feliz y deseada domesticación de este paradigma de peligrosidad femenina.

5. Relación completa de las leyendas sobre Helena en GRIMAL, Pierre: *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós, 1989, pp. 229-233.

6. PAUSANIAS, III, 7, 7; HERÓDOTO, VI, 61, 3.

7. Cfr. DUBOIS, Page: "Sappho and Helen". En PERADOTTO, John; SULLIVAN, J.P.: *Women in the Ancient World: The Arethusa Papers*. Albany: State University of New York, 1984, pp. 95-105.



Interior de una copa de figuras rojas con una Ménade y Dionysios.

2.—Mujeres "viriles" y divinidad

Cuando una mujer decide ejercer un rol considerado masculino, no sólo se la considera doblemente peligrosa —sigue siendo mujer, a pesar de todo—, sino que por lo general goza de pocas simpatías. La mujer temible por excelencia en la mitología griega es la amazona, pues suele ser, además de hermosa, comparable a los hombres en la guerra. Representa como nadie los peores temores de los varones, la pesadilla de un mundo al revés, en el que las mujeres someten a los hombres. Por eso no se las diviniza: son, en cierto modo, monstruos y, como tales, deben ser susceptibles de eliminación. Y, aunque pudieron gozar de especial consideración, se aplaudía las victorias de los héroes varones sobre ellas.

No obstante, ocasionalmente una mujer pudo ser deificada por motivos, aparentemente, más propios de los hombres, como el valor o la astucia en la guerra, o la victoria en juegos deportivos. En el primer caso, la mujer que destaca en la guerra lo suele hacer forzada por circunstancias excepcionales y, en todo caso, suele recibir honores por parte de la comunidad que no incluyen la divinización o la heroización.⁸

8. Una excepción es Policrite de Naxos, heroizada por servicios guerreros. Cfr. FARNELL, *op. cit.*, p. 425, n° 308.

En cuanto al segundo, merece la pena detenernos en la historia de Cinisca, la primera mujer que participó y venció en unos Juegos Olímpicos, a principios del siglo IV a.C.

Cinisca pertenecía a una de las dos familias reales de Esparta, los Euripóntidas, descendientes de Hércules. Hija y hermana de reyes, concibió el vivo deseo, insólito hasta entonces en una mujer, de alcanzar la gloria en los Juegos Olímpicos, por lo que se convirtió en la primera mujer que crió caballos y la primera que logró una victoria con carros, abriendo el camino para que otras mujeres, sobre todo de Esparta, lograsen vencer en los juegos. Ello le valió honores de vencedora en Olimpia y que se le levantase un santuario (un heroon) como heroína de Esparta.⁹

Este logro de una mujer habría sido inconcebible en otras ciudades. En Esparta, donde se cuidaba la preparación física de las mujeres tanto como la de los hombres, encontramos asimismo grandes propietarias.¹⁰ No cabe duda de que este poder económico permitió a Cinisca hacer lo que otras mujeres no se habían atrevido a hacer, entre otras cosas porque para criar caballos era necesario tener hacienda propia, y que los lazos de influencia favorecieron sus altos honores en una Esparta recién triunfadora en la guerra del Peloponeso y recién incorporada a los Juegos Olímpicos (398 a.C.), por lo que su victoria fue doblemente importante para sus compatriotas. Cabe añadir que fue contemporánea del general espartano Lisandro, quien fue el primer hombre real al que se concedieron honores divinos en vida.¹¹

Cinisca fue heroizada por contribuir a la gloria de su patria, demostrando que incluso sus mujeres podían vencer a los hombres del resto de Grecia en esferas propiamente masculinas. Por otro lado, su hazaña, que transgredía los tradicionales roles de género —las mujeres estaban excluidas de la participación en los Juegos Olímpicos y, de hecho, fue un auriga varón quien llevó los caballos de Cinisca a la victoria—, sólo podía concebirse como propia de una mujer excepcional, más cercana a las diosas que a las mortales.

3.—*Servidoras de la patria*

Sin embargo, los servicios a la patria, salvo en ocasiones puntuales, aunque eran motivo de honores, rara vez significaban la inmortalización de

9. PAUSANIAS, III, 8, 1-2; 15, 1; V, 12, 5; VI, 1, 6; *Antología Palatina*, XIII, 16.

10. ARISTÓTELES, *Política*, II, 9, 1270a, 11-15 dice que dos quintas partes de la tierra estaban en manos de mujeres. Un siglo más tarde estaban en posesión de la mitad. Cfr. PLUTARCO, *Agis*, VII, 5.

11. Cfr. FREDRICKSMEYER, E.A.: "On the Background of the Ruler Cult". En *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson*. Thessaloniki: Institute for Balkan Studies, 1981, pp. 145-156; FLOWER, Michael A.: "Agesilaus of Sparta and the Origins of the Ruler Cult", *CIQ*, n.s., 38 (1988), 123-134.

una mujer. No obstante, esto ocurría a veces en Roma, donde predominaban en la tradición mítica propia las virtudes morales sobre las físicas. Anna Perenna, un personaje a medio camino entre la realidad y la fantasía, es un ejemplo significativo. Cuando en el 494 a.C. se produjo la secesión de la plebe romana al Monte Sagrado, al empezar a escasear las provisiones, esta anciana venerable libró del hambre al pueblo mediante las tortas que ella misma elaboraba diariamente. Ello le mereció recibir honores divinos al cesar los conflictos políticos. Es decir, se la divinizó por servir a la comunidad del mismo modo que habría servido, como mujer, a su familia, elaborando el alimento. Por tanto, se trata de un mito romano propio, de sobria historia, muy alejado de las fantasiosas leyendas griegas.

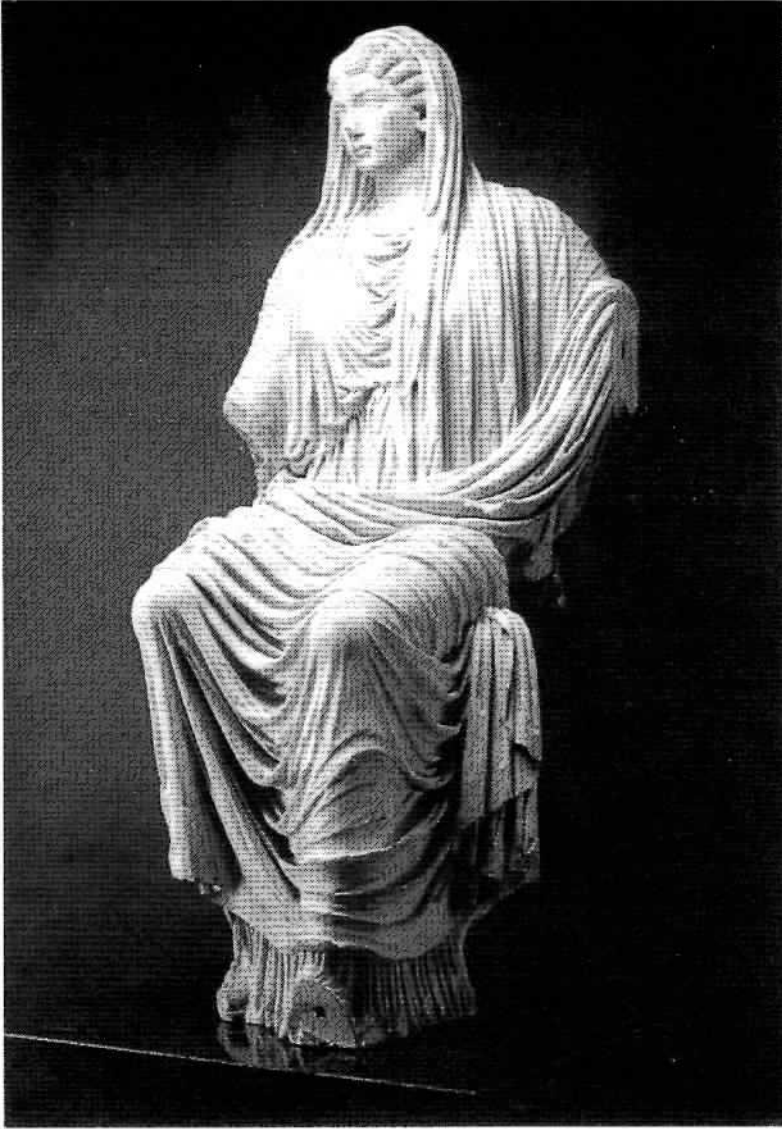
Por esto resulta muy interesante una segunda versión de la misma diosa, que debió de elaborarse ya en plena república y en pleno proceso de helenización de mitos y divinidades romanas. En esta tradición más moderna, Anna es la hermosa y joven hermana de la reina cartaginesa Dido, la amante despechada de Eneas. Tras diversos avatares, llegó a Roma, donde, perseguida por la celosa esposa del héroe, fue finalmente convertida en nereida. Para conciliar su nueva imagen con la del mito antiguo, a pesar de ser inmortal, Anna envejeció, y de ahí que se la represente como una anciana.¹² De este modo, se conciliaba la tradición romana con lo que la griega consideraba debía ser una auténtica inmortal, de divina belleza.

4.—*Al cielo por la virtud*

Pero el mito que mejor muestra la ideología romana republicana es el de Bona Dea, que ejemplifica la divinización de una mujer por sus virtudes femeninas.

Bona Dea era la esposa ejemplar del dios Fauno. Era extremadamente hábil en todas las artes domésticas y tan pudorosa que nunca salía de sus aposentos, de tal modo que el único hombre que la veía era su esposo. Era tan modesta que ni siquiera se la conoce por su verdadero nombre —tal vez Fauna— y se alude a ella mediante su merecido apodo: Buena Diosa. Para la austera moral republicana la mejor mujer era aquella a la que no se nombraba en público. Sin embargo, un día bebió una jarra de vino que encontró. Su esposo, furioso al verla embriagada, la azotó con unas varas de mirto hasta la muerte. Luego, arrepentido, la divinizó. Bona Dea tenía un templo en Roma, al que no podían tener acceso ni el mirto ni los hombres. Dos veces al año, las doncellas y mujeres casadas celebraban los misterios de la Bona

12. Cfr. GRIMAL, *op. cit.*, pp. 31-32.



Escultura sedente de Livia. Paestum (Italia).

Dea; en mayo en su templo; en diciembre, en la casa del primer magistrado, donde se reunían, rodeadas del mayor secreto, las damas principales.¹³

Se trata, sin duda, del mito y del culto más ejemplarizante para las

13. Sobre culto matronal a Bona Dea, ver GAGÉ, Jean. *Matronalia. Essai sur les dévotions et les organisations culturelles des femmes dans l'ancienne Rome*. Bruxelles: Latomus, 1963, pp. 137-142.

matronas romanas, al menos a simple vista, pues el ritual, como para los varones de la época, nos sigue siendo desconocido. Por un lado, Bona Dea se presenta en su comportamiento diario como modelo de esposa virtuosa, hacendosa y fiel. Por otro, su muerte será ilustrativa acerca de lo que no debe hacer una buena esposa. El vino simboliza la irracionalidad intrínseca de las mujeres, que incluso sobrias difícilmente pueden reprimir. Precisamente el mirto era la planta favorita del dios del vino, Dioniso, y simbolizaba la inmortalidad.

5.—La “divina” irracionalidad femenina

El culto a Dioniso o Baco estaba muy ligado a las mujeres. Sus sacerdotisas, llamadas ménades o bacantes, eran a menudo damas respetables, que celebraban sus misterios, a veces con rituales salvajes. Pero Dioniso era también dios de la inmortalidad, no sólo porque se tuvo que ganar la divinidad por méritos propios —era hijo de dios (Zeus) y de mujer mortal—, sino porque salvó a su madre, Sêmele, de los infiernos. También divinizó a su esposa mortal, Ariadna.

La ménade mítica más famosa era Ino, hermana de Sêmele. Nodriz de su sobrino Dioniso, fue objeto de los celos y de la ira de Hera, que la hizo enloquecer hasta el punto de matar a su propio hijo. Al darse cuenta, Ino se arrojó al mar con el cadáver del niño. Las divinidades marinas, apiadadas de ella, convirtieron a ambos en dioses. Ella recibió entonces el nombre de Leucótea (Diosa Blanca), diosa de la niebla, guía de los marineros. Esta función de diosa protectora frente a la femenina irracionalidad del mar, supone, como ocurrió con Helena, la feliz domesticación de su peligrosidad.

En Italia se la identificó con Mater Matuta, madre de la mañana, diosa de la aurora, que tenía un templo junto al puerto de Roma. En su honor, se celebraban anualmente las *Matralia*, a las que tan sólo tenían acceso las mujeres casadas una sola vez y con marido vivo, y en ellas encomendaban a la diosa los hijos de sus hermanas.¹⁴ Nuevamente, como ocurría con Bona Dea, la irracionalidad femenina es reconducida hacia una exaltación de las virtudes conyugales y familiares. En cierto modo, todos estos mitos y cultos significan una explosión controlada y puntual de la irracionalidad femenina. Sólo cuando escapan al control —como las Bacanales romanas— serán consideradas peligrosas y, por tanto, reprimidas.¹⁵

14. Ver GAGÉ, *op. cit.*, pp. 228-235; COARELLI, Filippo. *Il foro Boario. Dalle origini alla fine della Repubblica*. Roma: Quasar, 1988, pp. 205-437.

15. Cfr. HENRICHS, Albert: “Greek Maenadism from Olympias to Messalina”. *HSCP*, 82 (1978), 121-160.

La ménade histórica más famosa fue Olimpia (ca. 375-316 a.C.), princesa del Epiro y madre de Alejandro Magno. Dotada de una rara y majestuosa belleza, como su hijo, tenía sangre divina en sus venas, pues su familia descendía de Aquiles y Andrómaca. Casada con Filipo II de Macedonia, un rumor, favorecido por su hijo e inspirado quizá por ella misma, dice que fue el propio Zeus, que accedió a ella metamorfoseado en serpiente, el verdadero padre de Alejandro.¹⁶ Era devota de Dioniso y de los ritos órficos.

De reconocida influencia sobre Alejandro y sobre la corte macedonia, se le atribuyen numerosas intrigas y asesinatos, entre ellos los de su propio esposo y los del rey Filipo III y su esposa Adea Euridice. Con ésta entabló la —se dice— primera batalla entre mujeres. A ella se presentó Olimpia vestida de ménade, mientras que su rival lo hizo con la armadura de la infantería macedonia. Las tropas de ésta se pasaron en masa y sin luchar al lado de la primera, nada más verla. También Casandro, una vez vencida y condenada, tuvo verdaderas dificultades en hacer ejecutar la sentencia, ya que a todos intimidaba su sola visión. Finalmente murió digna y valerosamente, sin proferir una sola “ignoble o mujeril súplica”.¹⁷ Aunque Casandro ordenó dejarla insepulta, fue desobedecido y su tumba en Pidna está rodeada por las de otros miembros de su clan, que consideraron un honor ser enterrados junto a ella.¹⁸

Olimpia reunía todos los requisitos para convertirse en diosa: bella, ascendencia divina, amante de un dios, madre de otro —Alejandro fue divinizado—, poder excepcional, vida y muerte trágicas. Sin embargo, no alcanzó la inmortalidad. Su esposo la incluyó en su intento abortado de establecer un culto dinástico, simbolizado en el Filipeo de Olimpia.¹⁹ Su hijo manifestó la intención de divinizarla a su muerte,²⁰ pero murió antes de poder llevar a cabo sus planes. La victoria final de sus enemigos impidió cualquier honor oficial, y fue objeto de una furiosa propaganda en su contra. Sus crímenes, comparables a los realizados por los generales de Alejandro, que se justificaban por los intereses políticos, fueron considerados especialmente atroces y achacados a la intrínseca irracionalidad femenina. No obstante, para las mujeres influyentes de la época helenística, Olimpia fue un instructivo

16. PLUTARCO, *Alejandro*, 2-3; JUSTINO, XIII, 4, 2. Sobre Olimpia, ver MACURDY, Grace H.: *Hellenistic Queens. A Study of Women-Power in Macedonia, Seleucid Syria, and Ptolemaic Egypt*. Baltimore: John Hopkins, 1932, pp. 22-45; CARNEY, Elizabeth D.: “Olympias”. *AncSoc*, 18 (1987), 35-60.

17. DIODORO SÍCULO, XIX, 51, 6.

18. Cfr. EDSON, Charles: “The Tomb of Olympias”. *Hesperia*, 18 (1949), 84-95; OIKONOMIDES, A.I.N.: “The Epigram of the Tomb of Olympias at Pydna”. *AW*, 5 (1982), 9-16.

19. PAUSANIAS, V, 17, 4; 20, 10.

20. CURCIO, IX, 6, 26-27; X, 5, 30.

ejemplo, tanto para imitarlo como para aprender de sus errores e, igualmente, aunque no divinizada, abrió el camino para que otras reinas sí lo fueran.

6.—*Compartir el lecho con un dios*

Sin embargo, Olimpia no habría sido divinizada por su poder efectivo, sino por haber compartido el lecho con un dios, ya fuera su esposo —Filipo dio claras muestras de pretender serlo— o el mismísimo padre de los dioses, y, sobre todo, por haber tenido un hijo “divino”.

De hecho, para las mujeres, el medio principal de promoción a la divinidad era tener relaciones sexuales con un dios, del mismo modo que, en la vida terrenal, el principal medio de promoción social era ser amante o esposa de un hombre de rango más elevado. Es un tipo de promoción divina casi exclusivo de mujeres, ya que, salvo algunos episodios de amor homosexual —como Ganimedes, el joven efebo raptado por Zeus; o Antinoo, el favorito del emperador Adriano—, es insólito que el amante mortal de una diosa —caso, además, menos frecuente— sea divinizado. Es un tema que enlaza con el de la belleza y el poder de seducción de las mujeres, capaces incluso de provocar el deseo en un ser superior.

Las esposas mortales de dioses solían ser divinizadas. Así ocurrió con Ariadna (Dioniso), Psique (Eros) o Epione (Esculapio), que solían recibir culto junto a sus esposos y rara vez por sí mismas. A menudo se rinde culto al mismo tiempo a los héroes y sus esposas. En cuanto a las amantes, su divinización no estaba, ni mucho menos, asegurada, sino que había de producirse en especiales circunstancias.

Por ejemplo, Alcmena. De ascendencia divina, su belleza fue deseada por Zeus. Fruto de esta relación fue Hércules, el más grande héroe de todos los tiempos e hijo favorito de Zeus. Como éste, Alcmena fue perseguida por los celos y la ira de Hera. Al final, tuvo su recompensa: la inmortalidad. Fue objeto de culto en Grecia, en especial en Tebas y Esparta, en cuanto ancestro de la nutrida familia de los Heraclidas.²¹

7.—*Madres divinas*

Realmente, la razón final de la inmortalización de Alcmena no fue tanto haber sido objeto de deseo de un dios —Zeus tuvo numerosas amantes humanas, y pocas llegaron a diosas—, sino haber sido madre de alguien que alcanzó el estatus divino, al igual que ocurrió con Sêmele, y, sobre todo, por

21. Cfr. FARNELL, *op. cit.*, p. 413.

ser ancestro de una vasta e influyente stirpe que seguía reclamando, ya en tiempos históricos, su ascendencia divina, como ocurrirá con las casas reales espartana y macedonia.

La otra gran dinastía, los Eacidas, a la que pertenecía la mencionada Olimpia, también rindió culto a su ancestro femenino: Andrómaca. Casada primero con el príncipe troyano Héctor, a la caída de la ciudad, formó parte del botín de Neoptólemo, hijo de Aquiles. Muerto éste, Tetis le ordenó establecerse con su hijo Moloso en el Epiro, con lo que se convirtieron en ancestros de los molosos.

El culto a los antepasados era uno de los principales hitos de la religión doméstica, tanto en Grecia como en Roma.²² Un antepasado podía mejor que nadie velar por su descendencia, con garantía, además, de exclusividad, lo que no se aseguraba con los dioses comunes. Igual ocurría con los ancestros dinásticos o con los héroes y heroínas epónimos que dieron nombre a lugares o comunidades.

A menudo, las ciudades y regiones tomaron el nombre de heroínas míticas, como Esparta, Mesenia, Anfisa, Andania, Beroia, etc. A veces, estas heroínas llegaron a tener una fuerte personalidad propia y gozaron de un intenso culto, como Mesene, heroína epónima de Mesenia, hija del rey de Argos, el hombre de mayor categoría y poder en Grecia. Casada con Policaón, el hijo menor del rey de Esparta, incitó a su esposo a procurarse un territorio propio, apropiándose finalmente de la región que se llamaría Mesenia en honor de la reina. Mesene, que reinó al lado de su esposo, recibiría aquí honores heroicos y fue objeto de un fervoroso culto, que, sin embargo, no tenemos noticias que recibiera Policaón.²³ Este personaje, entre mítico y real, recuerda vivamente a algunas reinas de la época helenística.

Precisamente hay que llegar a este período para reencontrar esta práctica de poner a las nuevas ciudades el nombre de una reina. La primera mujer histórica que dio nombre a una ciudad fue Tesalonice, hija de Filipo II y hermana de Alejandro Magno, en cuyo honor —y por claros motivos de justificación dinástica— su esposo, el usurpador Casandro, fundó la actual ciudad de Tesalónica (ca. 316 a.C.). Después de ella, numerosas reinas de las distintas dinastías fueron objeto del mismo honor: Apama, Estratonice, Arsínoe, Ptolemais, Apolonis, Nicea, etc. Aunque no siempre se ha podido constatar

22. Sobre Grecia, ver ROHDE, Erwin: *Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*. Barcelona: Labor, 1973, pp. 219-249. Culto a los ancestros en las bodas griegas (cfr. ROHDE, *op. cit.*, p. 241; FARNELL, *op. cit.*, pp. 356-357). Heroización del padre y la madre en Esparta (*Ibidem*, p. 366). Culto a los antepasados en Roma. Cfr. BOISSIER, G.: *La religion romaine, d'Auguste aux Antonins*. Paris: Hachette, pp. 116-121; FISHWICK, Duncan: *The Imperial Cult in the Latin West*. Leiden: Brill, 1987-1991, pp. 46-55.

23. PAUSANIAS, IV, 1; 3, 9; 27, 6; 31, 11. FARNELL, *op. cit.*, pp. 360, 417.

que se estableciera un culto a estas reinas, el ser epónima de una ciudad solía conllevar una serie de honores religiosos, aparte del honor mismo de dar nombre a una ciudad, que nos hablan de la importancia que estas mujeres tenían para sus maridos y descendientes.²⁴

8.—Poderosas diosas: las reinas helenísticas

Esta proliferación de ciudades con nombre de mujer coincide, y no casualmente, con la aparición —o reaparición, pues ya lo habíamos encontrado en los tiempos míticos— del culto a las reinas. La primera que fue efectivamente divinizada fue Berenice, amante y luego esposa del primer rey de Egipto.

Berenice, sobrina del mencionado regente Antipatro, formó parte del cortejo que acompañaba a su prima Eurídice I cuando ésta casó con Ptolomeo Lago, primer rey macedonio de Egipto, que, enamorado de ella, la tomó como amante, y más adelante, tras repudiar a Eurídice (287 a.C.), como esposa. Fueron los hijos de esta segunda unión los que heredaron los derechos al trono, en detrimento de la descendencia de la primera esposa, lo que daría lugar a una enredada historia de intrigas y venganza.

Ptolomeo I, que había establecido el culto a Alejandro Magno, del que se consideraba a sí mismo como heredero, fue divinizado a su muerte por su hijo Ptolomeo II, con el nombre de *Theos Soter* (Dios Salvador). Berenice, como Diosa Salvadora, lo fue por su hija Arsínoe, reina de Egipto, esposa-hermana de Ptolomeo II y, sobre todo, diosa.²⁵

Arsínoe II (ca. 316-269 a.C.) casó primero con el general Lisímaco, rey de Tracia, en cuya corte intrigó activamente tanto en contra de los hijos de la primera esposa de éste como de los de Eurídice I, hasta que, con todo perdido, excepto su hijo Ptolomeo, huye a Egipto, a la corte de su hermano, de quien logra que se divorcie de su esposa Arsínoe I, que pertenecía a la familia rival.

Y, entonces, para sorpresa general, se casa con su hermano Ptolomeo II, iniciando así una práctica luego habitual entre los reyes egipcios. El matrimonio entre hermanos, considerado como claro incesto en Grecia, recordaba tradiciones faraónicas, y pudo ser un acto propagandístico frente a la población egipcia; pero también estaba dirigido a los súbditos de origen griego.²⁶

24. Ver CARNEY, Elizabeth: "Eponymous Women: Royal Women and City Names". *AHB*, 2 (1988), 134-142.

25. Sobre Arsínoe ver MACURDY, *op. cit.*, pp. 104-106; LONGEGA, Gabriella: *Arsínoe II*. Roma: «L'Erma», 1968.

26. Sobre el matrimonio consanguíneo ver CARNEY, Elizabeth: "The Reappearance of Royal Sibling Marriage in Ptolemaic Egypt". *PP*, 42 (1987), 420-439.

Este matrimonio consanguíneo está relacionado con el inicio del culto a los soberanos vivos. Ptolomeo II y Arsínoe II, reciben ambos el sobrenombre de Filadelfo (amante del hermano). Se inicia la etapa de mayor prestigio e influencia de Arsínoe, considerada a menudo como la artífice real de la política exterior de Ptolomeo II e inspiradora del imperio marítimo de Egipto,²⁷ recibiendo numerosos honores, mundanos y divinos, tanto en Egipto como en las ciudades griegas de su ámbito de influencia. Entre los honores divinos, destaca su templo cerca de Alejandría, en el que se la asimila a Afrodita-Cefira, protectora del mar —sin duda, alusión al imperio marítimo—, y, sobre todo, la instauración, poco antes de su muerte, del culto a los *Theoi Adelfoi*, los Dioses Hermanos, cuyo sacerdote era también el del divino Alejandro. Con anterioridad, se había producido la divinización de su madre Berenice I. A su muerte, siguieron, como era de esperar, los más altos honores divinos.

Era la primera vez que una mujer, en la cultura griega, era deificada en vida. Es más, se puede intuir que la instauración de los matrimonios divinos y del mismo culto dinástico fue inspiración y obra de una mujer. Escarmetada por sus fracasos anteriores, Arsínoe decidió asegurarse el poder para ella misma precisamente arriesgando con una novedad: sería diosa. Esto le permitiría estar por encima de las leyes humanas, entre ellas las no escritas que impedían a una mujer —mundo bárbaro aparte— gobernar. Un primer paso sería el matrimonio con su hermano, al estilo faraónico —los faraones y sus reinas eran dioses vivientes, asimilados a la pareja divina Isis-Osiris—, pero también al estilo de la máxima jerarquía divina griega, Hera-Zeus, como medio de ponerse por encima de los demás mortales —y, de paso, de las otras dinastías, en especial de los descendientes de Euridice I—, significando que las leyes humanas no servían para ella. El segundo sería la instauración definitiva del culto a las reinas y, por ende, del culto dinástico, en la persona de su madre, que sentaba así un precedente femenino divino. El tercero fue la deificación junto a su hermano, una vez demostrado, con su poder, que se trata de una diosa.

Si bien para los varones la instauración de esta deificación en vida tenía como repercusión el afianzamiento del poder político, haciéndolo sagrado; para las mujeres tuvo mayor importancia aún, ya que significó la oportunidad misma de acceso a este poder.

Después de Arsínoe II, todas las reinas de Egipto fueron oportunamente

27. HAUBEN, Hans: "Arsinoé II et la politique extérieure de l'Égypte". En VAN'T DACK, E.; VAN DESSEL, P.: *Egypt and the Hellenistic World*. Lovaina: W. Peremans, 1983, pp. 99-127. Una visión desmitificadora en BURSTEIN, Stanley M.: "Arsinoe II Philadelphos: A Revisionist View". En ADAMS, Lindsay; BORZA, Eugene: *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*. Washington: University Press of America, 1982, pp. 197-212.

divinizadas y el culto dinástico meticulosamente organizado y afianzado. Y el poder de las reinas se fue haciendo cada vez más fuerte. Cleopatra II logró la asociación oficial y definitiva al trono. El rey y la reina reciben, como un título más, los apelativos de *Theos* (Dios) y *Thea* (Diosa), respectivamente. Pero sólo la última soberana egipcia, Cleopatra VII, lograría aparecer como principal titular, aunque siempre asociada a un varón, por poco poder real que éste tuviese.²⁸

Y, no obstante, pese a este poder, cercano al de los varones, en su divinidad se relacionaban con las tradicionales diosas protectoras de las mujeres (Afrodita, Hera, Isis), y aparecían como representantes de la fertilidad femenina, resaltándose así que su función primordial no era gobernar, sino producir gobernantes.

Apenas existen, salvo excepciones, figuras femeninas comparables en los otros reinos. En realidad, las otras dinastías imitaban esporádicamente en este aspecto a los Ptolomeos, sin que se llegase a establecer un culto continuado y efectivo a las reinas, ni un poder significativo de éstas. Por lo demás, como ocurría con las reinas egipcias, las ciudades griegas bajo su influencia sí pudieron hacerlas objeto de honores divinos o semi-divinos dentro de la práctica de honrar a sus benefactores y protectores, lo que manifiesta el reconocimiento expreso de que entre éstos se hallaban también las mujeres y, por tanto, de la influencia de ellas.²⁹

El ancestro femenino seleúcida, Apama, hija de un general persa, fue objeto de numerosos honores, entre ellos la fundación de ciudades con su nombre, pero no de culto oficial. La primera reina seleúcida divinizada a su muerte fue Estratonice,³⁰ hija de Demetrio Polioretetes, rey de Macedonia, y esposa, consecutivamente, de Seleuco I —muerta Apama— y de su hijo Antíoco I, al que su padre la entregó cuando descubrió que éste estaba enamorado de ella. A través de esta segunda unión, se convirtió en ancestro del resto de la dinastía. Se unen en ella, por tanto, su función de poderosa seductora y de madre divina, ganándose merecidamente su asociación a Afrodita.

La primera que recibió culto en vida fue Laódice III, cuya divinización se produjo de nuevo en circunstancias de ejercicio efectivo del poder político. Esposa de Antíoco III el Grande y madre de otros dos reyes: Seleuco IV y Antíoco IV, cuando su esposo partió a una larga expedición a la Alta Asia,

28. Sobre la reinas egipcias en general, ver MACURDY, *op. cit.*, pp. 102-223; VATIN, Claude: *Recherches sur le mariage et la condition de la femme mariée à l'époque hellénistique*. Paris: De Boccard, 1970, pp. 58-85; POMEROY, Sarah B.: *Women in Hellenistic Egypt. From Alexander to Cleopatra*. New York: Shocken Books, 1984.

29. Ver HABITCH, Christian: *Gotteshentum und griechische Städte*. Munich: C.H. Beck, 1970.

30. CIG 3137.

quedó como regente de su hijo Antíoco IV, de once años de edad. A su regreso, el rey, como recompensa por la buena actuación de su esposa, le decretó honores divinos, asociándola a su propio culto (194/93 a.C.).³¹

Se desconocen otros ejemplos claros de culto oficial a las reinas. En realidad, el culto real en el reino seleúcida fue siempre débil y limitado, quizá porque no se consideró necesario. Y, en este sentido, el culto específico a las reinas estuvo escasamente desarrollado, y solía diluirse en el limitado culto dinástico. Tan sólo la figura de la reina Cleopatra Tea fue comparable a las más poderosas reinas egipcias, sin duda porque, después de todo, era una princesa ptolemaica.³²

En cambio, en Pérgamo, reino que pasaba por ser políticamente similar a una ciudad-estado más —al menos, se presentaba como campeón de las virtudes ciudadanas frente a los fastos de los otros reinos—, aunque no se desarrolló un culto dinástico ni a reyes, existen testimonios de honores divinos a reinas, con características muy particulares. El más importante es la divinización de Apolonis de Cícico, esposa de Atalo I y madre de Eumenes II Soter y Atalo II Filadelfo. Esta mujer, que no pertenecía a la realeza, era considerada de gran virtud, pudorosa, noble, modesta y amada por sus hijos,³³ elogios que se le dedican en las inscripciones. Sus hijos le erigieron un templo en Cícico, donde se celebraba el amor filial.³⁴ También tenía un templo en Teos, asimilada —cómo no— a Afrodita.³⁵

El culto a las reinas de Pérgamo se ofrece como reacción frente a la imagen de las poderosas y poco modélicas reinas de las otras dinastías. En este sentido, hay una utilización propagandística de las mujeres atálicas, en la que no sabemos hasta qué punto ellas participaron, como mejor método de comparación con los otros reinos. Así, Apolonis simbolizará ante las ciudades griegas la monarquía pérgama, fiel a la tradición helénica, manifestada en las virtudes domésticas de sus mujeres, frente a las potencias orientales. Asimismo, su mejor carta de presentación ante Roma será su modelo de matrona, similar a la matrona romana republicana, de la que es contemporánea, matrona romana que, por cierto, está empezando a presentar peligrosos síntomas de helenización.³⁶

31. OGIS 224.

32. Sobre reinas seleúcidas en general, ver MACURDY, *op. cit.*, pp. 77-101; VATIN, *op. cit.*, pp. 85-103.

33. POLIBIO, XXII, 20.

34. *Antología Palatina*, I, p. 57 (Jacobs).

35. OGIS 309.

36. Sobre mujeres atálicas, ver VATIN, *op. cit.*, pp. 104-114.

9.—*La pertenencia a dinastías divinas: La "casa divina" romana*

Mezcla de estas tradiciones republicanas, además del viejo culto a los virtuosos mitos romanos y a los ancestros, y de los fastos orientales, con detalles propios de las peculiaridades indígenas de cada región, surgirá en Roma el culto imperial. De hecho, su primera emperatriz divinizada recuerda en sus actuaciones a algunas de las más notables reinas helenísticas, aunque adornada, con mayor intensidad, de virtudes matronales.³⁷

Livia (58 a.C.-29 d.C.), además de ser considerada bella —sus retratos idealizados de vejez aún la presentan como una atractiva dama de unos treinta y pocos años—, era considerada casi unánimemente modelo de virtudes conyugales, incluso por los que admitían su responsabilidad en los más horrendos crímenes. Casada primero con un noble romano, del que tuvo dos hijos, Tiberio y Druso, no tuvo, sin embargo, descendencia de su segundo esposo, Augusto, primer emperador de Roma. De admitida —y benéfica, por lo general— influencia sobre éste, se la acusa a veces de estar detrás de las extrañas muertes que fueron diezmando a los herederos de Augusto, hasta que fue nombrado sucesor su hijo Tiberio. Adoptada por Augusto en su testamento con el nombre de Julia Augusta, intentó influir sobre su hijo, que trató de apartarla como pudo de las funciones públicas. Fue uno de los pocos miembros de la dinastía que murió de muerte natural, a los ochenta y siete años.

Livia constituye el auténtico nexo de unión de la familia Julio-Claudia, ya que todos los emperadores de la dinastía posteriores a Augusto descendían directamente de ella: Tiberio (hijo), Calígula (bisnieto), Claudio (nieto) y Nerón (tataranieto). Incluso posteriormente Galba se vinculará a ella por clientela política. De ahí su especial vinculación a Venus Genetrix, ancestro divino de la familia Julia.

Durante su vida, fue objeto de los más altos honores, a menudo religiosos. Incluso en las provincias, sobre todo las orientales, acostumbradas a sus reinas, se le ofrecen honores divinos. Fue asimilada a las diosas de la fertilidad y del matrimonio y a las más altas virtudes femeninas, y se rindió culto a su *iuno*, su "ángel de la guarda" femenino. En 41 d.C., su nieto, el emperador Claudio, la convirtió en diosa. Todavía en el año 224 seguía apareciendo en la lista de las divinidades a las que sacrificaban los Arvales.³⁸

Con Livia se sentarán las bases para el desarrollo del culto a las empe-

37. Cfr. MIRÓN PÉREZ, M^a Dolores: *Mujeres, religión y poder: El culto Imperial en el Occidente Mediterráneo*. Granada: Universidad, 1996; FLORY, Marleen B.: "The Deification of Roman Women". *AHB*, 9 (1995), 127-134.

38. Sobre culto a Livia, ver GREETHER, Gertrude: "Livia and the Roman Imperial Cult", *AJPh*, 67 (1946), 222-252; PURCELL, Nicholas: "Livia and the Womanhood of Rome". *PCPhS*, 32 (1982), 78-105; MIRÓN, *op. cit.*, pp. 49-63.

ratrices. En cierto modo, sirve como experimento para las restantes augustas, a su vez tomando como modelo el culto helenístico a las reinas y las tradiciones latinas. Así, el culto a las emperatrices posteriores se caracterizará por su exaltación de las funciones reproductoras, como modelos de esposas y, sobre todo, de fértiles madres. Por otro lado, el hecho de que la primera emperatriz fuese una mujer de la personalidad e influencia de Livia, como antes había ocurrido con Olimpia y Arsínoe II, repercutió en el papel desempeñado por las emperatrices posteriores.

Varias de ellas fueron objeto de honores divinos. La dinastía que desarrolló con mayor perfección el culto dinástico, fue la de los Antoninos, donde el hilo sucesorio estaba, de forma habitual, en manos de mujeres, todas ellas oportunamente divinizadas a su muerte. El sistema solía ser casar a la hija del emperador con el futuro heredero, que se suponía escogido entre los mejores hombres, de tal modo que el poder imperial llegó a ser considerado como una dote de las hijas de emperadores.

Entre las emperatrices antoninas, la que fue objeto de mayores honores divinos fue Faustina la Menor (125/130-176), hija del emperador Antonino Pío y Faustina la Mayor —la auténtica depositaria del poder imperial como sobrina-nieta de Trajano—, y esposa de Marco Aurelio. Tuvo trece hijos, entre ellos el emperador Cómodo, y numerosos honores, como la asimilación a las grandes diosas protectoras de las mujeres y a las más altas tradicionales virtudes femeninas. Mereció ser llamada “Madre de los campamentos”, un reconocimiento a su benéfica labor —de carácter maternal— hacia la tropa, y que se convertiría en uno de los títulos fundamentales de las emperatrices posteriores, significando la influencia creciente del ejército en el devenir político de Roma. Acusada de adulterio, sobre todo con gladiadores —seguramente una invención, como modo de justificar las inclinaciones gladiatorias de Cómodo—, Marco Aurelio se negó a divorciarse de ella, ya que entonces debería devolver la dote, es decir, el imperio.³⁹ Sólo entendiendo a Faustina como verdadera depositaria del poder imperial, susceptible, en tanto dote, de ser empleado por su esposo, se puede comprender el episodio en el que la emperatriz animó a la conspiración a Avidio Casio, prometiéndole casarse con él para lograr el imperio.⁴⁰

A su muerte, a Faustina se le dedicaron los más grandes honores: la apoteosis, un templo, una corporación de niñas llamadas Faustianas, la conversión en colonia de la aldea donde murió, sacerdotisas... Se instalaron estatuas de plata de Marco Aurelio y Faustina en el templo de Venus, donde se erigió un altar en el que las novias y novios de la ciudad debían ofrecer un sacrificio al contraer matrimonio. Su esposo ordenó, asimismo, que una

39. SHA, *Marco Antonino*, 19, 8-9. Cfr. MIRÓN, *op. cit.*, pp. 124.125.

40. DIÓN CASIO, LXXI, 22, 3; SHA, *Marco*, 24, 6-8.



Escultura de Faustina. Museo de Antalya (Turquía).

imagen de oro de la nueva diosa fuese llevada en una silla al teatro siempre que él acudiese como espectador, y emplazó una sección especial, que ella había preferido en vida para ver los juegos, alrededor de la cual se debían

sentar las mujeres más influyentes.⁴¹ Su prestigio fue tal que incluso fue utilizada por Septimio Severo para justificar su toma —violenta— del poder. En efecto, éste afirmó que, poco antes de contraer matrimonio con la princesa siria Julia Domna —según él, porque el horóscopo de ésta le había vaticinado que estaba destinada a casarse con un rey—, soñó que Faustina le preparaba la cámara nupcial en el templo de Venus.⁴²

La propaganda que rodea estos honores divinos a Faustina, como la que se puede observar en general en todas las emperatrices, va dirigida a justificar el poder divino de una familia divina, la familia imperial, también conocida por *domus divina* (casa divina). De este modo, se insistirá en su papel de madres de emperadores o de otras emperatrices, es decir, como transmisoras de poder. Se las asimila a virtudes familiares —Piedad, Concordia, Fecundidad, etc.— y a las diosas de la reproducción —Juno, Ceres, Diana, Venus, etc.—, y se ofrecen, una vez ascendidas a los cielos, como protectoras de las mujeres y la familia. También los títulos que se les conceden suelen aludir a su condición de madres —reales o no—, no sólo de emperadores, sino de todos los habitantes del Imperio: Madre de los Campamentos, Madre de la Patria, Madre del Senado, Madre del Género Humano Universal. La teología del poder imperial hace del Imperio una gran familia, al frente de la cual está, como en toda familia romana, un *paterfamilias*, el emperador, junto al que se halla una *materfamilias*, la emperatriz.

Pero, al mismo tiempo, su relación directa con el poder las puso a menudo en condiciones de influir sobre éste, como hemos visto en Livia o Faustina la Menor, así como en otras emperatrices, divinizadas o no en función de su papel en la justificación del poder de los emperadores, quienes eran, después de todo, los que tenían la facultad de divinizarlas. Los mayores honores van en proporción directa a su importancia política, lo que también incluye su función de dadoras de poder para los varones.

10.—El fin de las diosas: el cristianismo

La diosas dejaron de existir cuando acabó imponiéndose en estos círculos de poder una religión que excluía a todo lo que se apartaba de su divinidad única, omnipotente y superhumana. La última diosa fue, paradójicamente, una mujer cristiana. Flavia Helena era hija de un emperador, Constantino I, y esposa de otro, Juliano, llamado el Apóstata, con el que casó con motivo de la designación de éste como heredero (año 355), al más puro estilo antoniniano. Como restaurador de las tradiciones, paganismo incluido, del esplendor del

41. SHA, *Marco*, 26, 4-9; DIÓN CASIO, LXXII, 31, 1-2.

42. DIÓN CASIO, LXXV, 3, 1. Sobre el horóscopo de Julia Domna SHA, *Severo*, 3, 9.

Imperio, restaura una de sus señas de identidad: la divinización de emperatrices, pues la de emperadores se había mantenido como un honor sin contenido real. De este modo, Flavia Helena fue asimilada a las grandes diosas, como Isis o Ceres, y fue objeto de apoteosis a su muerte.⁴³

La nueva religión va a apartar a las mujeres de los últimos resortes de poder oficial que les quedaban: la divinidad y el sacerdocio. Cuando, a partir de ahora, las mujeres intervengan en asuntos religiosos, lo harán al mismo nivel que habían intervenido en política, es decir, desde la no oficialidad, desde el no reconocimiento de su capacidad de poder, ni siquiera como transmisoras. Después de todo, el poder divino de los emperadores pasaba a través de la divinidad de sus madres. El cristianismo, con la elección divina, independiente de la divinidad intrínseca de la dinastía, despojará de sacralidad a las esposas y madres de emperadores y reyes.

De las heroínas se pasará a las santas, modelos de virtudes cristianas como antes las divinas emperatrices lo habían sido —cierto o no— de virtudes matronales. Serán influyentes en el plano espiritual tanto como las emperatrices lo eran en el plano político, es decir, desde su capacidad de intercesión, no de poder.

11.—Conclusiones

En esencia, el culto a las emperatrices romanas, como también ocurría realmente con las reinas helenísticas tiene su razón de ser en la necesidad de justificar el poder de una familia, divino y transmisible, que la sitúa por encima de las otras familias mortales. Es en su papel fundamental de esposas y madres, como parte integrante e inseparable de una familia en la que todos sus miembros, mujeres y varones, participan de la divinidad, donde se entiende su culto. A menudo, es la unión de una mujer con un dios lo que hace que una familia se convierta en “especial”, carismática, y, por tanto, con derecho a gobernar sobre las familias normales y mortales. En esta primera instancia, la mujer sirve como vínculo de conexión entre seres divinos e humanos, teniendo su divinización como consecuencia la de toda la dinastía. Es la misma idea que transmiten las dinastías míticas.

De este modo, la deificación, o incluso la heroización de mortales, sobre todo tratándose de mujeres, suele coincidir con monarquías hereditarias, y, por tanto, tiene como momentos cumbres sociedades en las que gobernaban

43. GRAMATOPOL, Mihai: “L’Apothéose de Julien l’Apostat et de Flavia Helena sur le grand camée de Roumanie”. *Latomus*, 24 (1965), 868-885; DESNIER, Jean-Luc: “Apothéose de Julien et légitimité dynastique: Observations sur le Grand Camée de Roumanie”. *Latomus*, 43 (1984), 600-608.

estas familias con carisma especial: el mundo mítico o semi-mítico —en especial, la Grecia homérica—, la Grecia helenística y la Roma imperial. A veces, como en el reino atálida o Roma, esta familia, además de poderosa por ser divina, es también la familia perfecta, modelo de virtudes para las demás familias normales. De ahí que se ligue a estas mujeres a las virtudes familiares. En todas partes, se las asimila a las diosas protectoras de las mujeres, exaltándose, por encima de todo, la fecundidad, es decir, su papel de madres, lo que también puede valer para las mujeres míticas, en su función de garantes de la continuación de la dinastía divina. De este modo, las mujeres actúan esencialmente como vínculos entre los hombres como transmisoras de divinidad.

Sin embargo, lo que define a estas mujeres, lo que esencialmente las diferencia de las demás mujeres mortales, es su individualidad y, por tanto, su capacidad de poder. En efecto, todas estas mujeres tenían una personalidad propia que se solía negar a las de la comunidad. En realidad, en la Antigüedad, las únicas mujeres con capacidad propia de poder eran las diosas. Las mujeres divinizadas lo son, ante todo, en función de su actividad pública. Sus actuaciones tienen consecuencias sobre las vidas de los varones —el poder de seducción y de reproducción de familias divinas—, sobre las mujeres en su conjunto —por ejemplo, Bona Dea y la idealización como matronas de las emperatrices— y sobre la comunidad en general —mediante su prestigio, su acción benefactora o su poder directo—. Esta capacidad de poder, de influir sobre las vidas de los demás, era, en definitiva, lo que las hacía diosas. De ahí que, no por casualidad, las verdaderas fundadoras de cultos dinásticos, como Arsínoe II o Livia, fuesen también mujeres dotadas de gran personalidad y con una influencia pública, al margen de su función reproductora, real o no, digna de ser recompensada con la inmortalidad. Al mismo tiempo, la divinización o la expectación de ella conllevaba automáticamente para las mujeres una relación privilegiada con el poder, que se manifestaba en su oportunidad de ejercer influencia sobre éste, como en Roma —diosas tras la muerte—, o bien de ejercerlo directamente, como en Egipto —diosas en vida—.

No obstante, no todas las mujeres que influyeron públicamente fueron divinizadas. Un ejemplo claro es Olimpia. Para que los hechos de una mujer merezcan la inmortalidad, deben ser reconocidos como divinos por quienes tienen, finalmente, el poder de hacerlo, es decir, quienes tienen poder sobre estas mujeres: dioses, reyes y magistrados. En definitiva, salvo alguna diosa, varones.

Por otro lado, el motivo último de su inmortalización refleja los roles de género. A los varones se les inmortaliza por hacer lo que se les supone como varones, pero de modo extraordinario. Un héroe lo suele ser por destacar sobrehumanamente en hechos propios de varones: la guerra, el poder político,

la inteligencia... Una heroína suele serlo por hacer de forma sobrehumana lo propio de su condición femenina, es decir, por ser esposa excepcional, por ser excepcionalmente bella, o por atraer a un hombre excepcional, sobre todo si es un dios, o por dar a luz a hijos excepcionales. Y, si no es así, se procura que lo parezca.

Al mismo tiempo, el éxito de una mujer en roles masculinos podía conllevar su inmortalización, pues se consideraba que sólo una mujer tocada por la divinidad podía sobrepasar a los varones.

Y, sin embargo, siguen siendo hechos aislados. Incluso cuando una mujer alcanza la inmortalidad gracias a su poder político, manifiesta su divinidad del modo más puramente femenino. Las mortales poderosas no se asimilan a Atenea, sino a Afrodita.